

Big Girl, Small Town

by Michelle Gallen

Spanish translation by Clara Ministral

MARTES

8:43 h

Punto 22: Los llantos, los gimoteos y los numeritos

Fue el ruido de una taza o un plato haciéndose añicos lo que despertó a Majella. Fue su madre gimoteando lo que le impidió volver a dormirse. Levantó la cabeza y la sacó de debajo del edredón. El ambiente estaba cargado y hacía calor, ya que se le había olvidado apagar el calefactor. Tenía la piel cubierta de sudor. Volvió a meter la cabeza bajo el edredón y cerró los ojos. Al cabo de cinco minutos de oír aullar a su madre, Majella se levantó de la cama y abrió el pestillo de la puerta de su habitación.

—¿Majellaaaa?

El frío le atravesó la camiseta y el pantalón de chándal y le endureció los pezones. A Majella siempre le llamaba la atención ese reflejo. Era bien raro.

—¿MA-JELL-A? ¡Me he cortado!

—Tengo que hacer pis.

—¡Estoy sangrando un montón!

—Ahora bajo.

—¡Me voy a desangrar!

Majella a menudo tenía que repetirle las cosas a su madre.

—He dicho que ahora bajo.

Después de tirar de la cadena y lavarse las manos, Majella abrió el armario del cuarto de baño y sacó el botiquín de su padre. Con los años había repuesto todo su contenido

salvo las tijeras, pero para ella seguía siendo el botiquín de su padre. Bajó las escaleras con él en la mano y entró en la cocina. Estaba hecha un putito desastre. Había un plato hecho trizas en el suelo y su madre estaba agarrada a la encimera, llenando de sangre el suelo de linóleo. Majella tomó las riendas de la situación.

—¿Quieres dejar de lloriquear?

Cuando su madre bajó el tono hasta un volumen soportable, Majella dejó el botiquín en la mesa de la cocina y la llevó hasta la silla sujetándola del brazo. Su madre aún llevaba puesta la ropa del día anterior.

—¿Qué te has hecho?

Su madre se sorbió y se tragó los mocos y a continuación se secó las lágrimas. Majella controló la sensación de repugnancia mirando fijamente al suelo.

—Se me ha caído el plato y se me ha roto en el pie y creo que me he cortado una vena o algo. ¿Llamas a una ambulancia?

A Majella le pareció muy pronto para comprometerse a recurrir a una ambulancia.

—Déjame que te vea el pie.

Se agachó y cogió el huesudo pie de su madre con la mano. Le salían chorros de sangre intermitentes, pero Majella no le veía sentido a hacer aspavientos. Majella rara vez veía sentido a los aspavientos.

—Te lo voy a limpiar y después vemos si conviene que vayas al centro de salud.

Majella le alcanzó un pañuelo de papel a su madre y se dirigió al fregadero descalza, caminando sobre la sangre y los trozos del plato roto. Llenó el barreño de fregar los cacharros de agua templada y echó un poco de sal con brusquedad. Su madre se fijó en que iba descalza.

—Por Dios, ¡ten cuidado con los pies o vamos a acabar las dos aquí desangradas en el suelo de la cocina!

Majella no contestó. Sabía que no se iba a cortar. Casi nunca se hacía heridas, salvo alguna que otra quemadura en la freiduría. Su jefa, la Lefa, los obligaba a ella y a Marty a anotar esos accidentes en el Cuaderno Verde de Accidentes, que estaba colgado de la pared,

aunque no se había molestado en leerlo ni una sola vez en todos los años que llevaba allí colgado. A veces, cuando se aburría, Marty cogía el boli y escribía un informe detallado de cómo se había magullado la minga con el congelador o de cómo Majella se había mordido la lengua hablando con el señor Mastering, el del Departamento Forestal. A Majella no le hacía falta llevar un registro de los accidentes de su madre en un cuaderno. Se reproducían en su cabeza a todas horas como en una pantalla de cine: la vez que se había rajado la mano con un cúter intentando cortar el celo de un paquete; la vez que se había roto el tobillo saliendo al jardín trasero con unas zapatillas de estar por casa de las que tenían alguna forma divertida; la vez que se había desmayado en la iglesia, se había dado un golpe en la cabeza y, como no volvía en sí, hubo que llevarla al hospital y dejarla en observación. Su madre era un accidente con patas, alguien a quien la gente consideraba gafe.

Majella volvió a acercarse a su madre y le metió el pie en el barreño de agua.

—¡Me escuece! ¡Me escuece muchooo!

La madre de Majella parecía un niño insoportable cuando lloriqueaba. Majella se aguantó las ganas de darle un cachete.

—Solo es agua con sal. Con eso se te limpiará la herida.

El agua se volvió rojiza cuando Majella le sujetó el pie a su madre dentro del barreño. Al sacárselo, le sorprendió lo pequeño que parecía al cogerlo con su propia mano rolliza. Se preguntó cómo sería caminar con unos pies tan diminutos. Vio que tenía un corte limpio en un lado del pie; cuando lo estaba mirando, empezó a soltar sangre otra vez. Majella sabía que a su madre no le gustaba nada la sangre. Levantó la vista y vio que tenía la cabeza vuelta hacia el calendario que le habían regalado en la carnicería Feely's la Navidad anterior.

¡¡Deja que nosotros nos encarnemos de todo!!

—¿Me he cortado mucho?

—De esta no te mueres, pero voy a pedir un taxi para que nos acerquemos al centro de salud. Seguramente la enfermera quiera echarle un vistazo.

—Ay, yo no puedo subirme a un taxi... Estoy mareadísima.

Majella se puso de pie, se secó las manos en el pantalón y fue a llamar a Taxis Bogey. Cuando Pamela McHugh se enteró de lo que había pasado, las puso las primeras de la cola. Majella le dio las gracias, colgó y sintió un escalofrío.

—Voy a ponerme un jersey y ahora salimos a coger el taxi.

Sin esperar respuesta, Majella subió las escaleras y fue a su habitación. Cogió un par de calcetines. Una cosa de la que siempre se aseguraba era de guardar cada calcetín con su pareja, ya que Majella no podía llevar calcetines desaparejados. Tenía la sensación de que sus pies se estaban peleando y era incapaz de olvidarse de que uno tenía dibujos y el otro era liso, o de que uno era gris y el otro rosa. Metió los pies en las deportivas y se puso un forro polar. Tras comprobar que tenía el monedero, se peinó. Sabía que la noticia del accidente no iba a tardar nada en llegar a todo el pueblo: la de los O'Neill se había vuelto a cortar. A saber qué rumores empezarán a circular a raíz de esa historia. Pero por ahora tenía que envolverle el pie a su madre en un paño de cocina para no dejar el taxi hecho un desastre.

9:07 h

Punto 1: La cháchara, las sandeces y los chismorreos

Majella no tuvo que llevar a su madre al taxi del brazo; el *Pala* Byrne se bajó rápidamente del coche y la ayudó. A Majella le caía bien el Pala, pues era un tipo grande, tranquilote y amable. Algunos de los conductores de Taxis Bogey se habrían quedado sentados sin moverse y habrían hecho como si no se hubieran dado cuenta de que a su madre le habría venido bien que la ayudaran. Tras el trayecto de tres minutos, el Pala apagó el motor para poder ayudar a su madre hasta el final llevándola hasta el interior del centro de salud. Todo el mundo las miró con la boca abierta cuando metieron a su madre a la consulta directamente, delante de los que estaban allí esperando, a causa de la sangre. Majella odiaba el centro de salud. Era el único consultorio de la localidad, así que los protestantes de la parte de abajo del pueblo y los católicos de la parte de arriba tenían que esperar juntos. Los católicos se ponían en el lado izquierdo y los protestantes, en el derecho. No había un cartel en el que pusiera «Se ruega a los pacientes católicos que tomen asiento en el lado izquierdo y a los protestantes que se sienten en el derecho. La dirección de DoctorBogey les agradece enormemente su colaboración». Era una de esas reglas no escritas que todo el mundo se sabía porque sí, como a qué *pub* podías ir a beber, por qué

calles debías evitar andar, en qué farmacia tenías que comprarte tus medicinas, con la gente de qué religión podías casarte. Majella tomó asiento en uno de los bancos y trató de ignorar los murmullos de las viejecillas duras de oído de su alrededor.

... dijeron en la tele que aún no se ha presentado nadie con el ADN, así que ese animal sigue por ahí suelto... pues la policía anda deteniendo a gente de una lista de sospechosos... de todas formas casi que está mejor muerta... ahora las O'Neill se han quedado bien solas... quién sabe quién va a ser el próximo, yo tengo la llave echada todo el día... he oído que creen que conocía a la persona que la atacó...

Por las miradas de reojo que recibía, Majella se dio cuenta de que había empezado a mecer el cuerpo. Se levantó del asiento y le dijo a la recepcionista que iba a salir un momento y que después volvería a por su madre. Una vez fuera, fijó la vista en el suelo y echó a andar a su ritmo favorito. El paseo la calmó, aunque a esa hora todo le resultaba extraño. El ángulo de la luz era diferente. Había gente a la que llevaba años sin ver haciendo sus actividades cotidianas. Autobuses escolares vacíos circulando lentamente por la calle. Furgonetas de reparto aparcadas en doble fila delante de las tiendas y mujeres con mucho que hacer tirando de carros de la compra con estampados de cuadros escoceses. Eran las sensaciones y los olores de cuando era más joven, de levantarse para ir a clase y desayunar cereales delante de las noticias de la BBC antes de la caminata hasta el instituto St Christopher's. Majella había sido buena estudiante. Solía estar entre las mejores de la clase sin tener que esforzarse. Pero eso no era suficiente para sus profesores. Muchos habían tenido de alumnos a su madre y a su padre y se habían formado la opinión de que Majella había heredado la inteligencia de su familia paterna, los O'Neill, pero también había sacado la vagancia y la locura de la rama materna, los Keenan. Así que a Majella nunca le pusieron las cosas fáciles en St Christopher's. La mitad de los profesores la pinchaban con comentarios sobre su madre.

No es muy difícil ver de dónde te viene ese cariño que le tienes a tu cama, ¿eh, Majella? Con esa madre, que era tan vaga que ni se rascaba cuando le picaba algo...

La otra mitad intentaba incitarla a que utilizara su inteligencia para algo más que su padre.

Tu padre era muy buen estudiante. Podría haber sido el primer alumno de St Christopher's en ir a la universidad becado, pero en cambio se marchó a Estados Unidos. Cuando volvió se metió directamente a trabajar en la fábrica. Menudo desperdicio. Tu padre tenía cabeza para ser profesor, pero echó su vida a perder en la fábrica esa.

El padre de Majella le había contado que al acabar el instituto se había ido a Estados Unidos porque quería construir rascacielos que llegaran hasta los ángeles. La madre de Majella decía que se fue para evitar que le encarcelaran sin juicio previo tras su participación en algo que él llamaba «resistencia civil» y que, según tenía entendido Majella, no era el IRA sino algo que acababa conduciendo al IRA. Majella no tenía claros los detalles porque en clase de Historia no estudiaban eso y todo el mundo hablaba de ello murmurando y mirando a los lados de reojo, como si alguien los estuviera vigilando. Su padre solo llevaba un año en el negocio de los rascacielos cuando el abuelo de Majella murió a raíz de una paliza que recibió estando preso. Los británicos le dejaron salir de la cárcel de Long Kesh antes de morir. Al principio Majella había interpretado aquello como un gesto de amabilidad, pero después le explicaron que las autoridades se ahorraban un montón de papeleo si la gente se moría en casa. Su padre volvió a Aghybogey para ayudar a la abuela de Majella a criar a Bobby y a Marie.

Majella entró a comprar chocolate y tabaco en la tienda de la gasolinera McQuaid's antes de echar a andar hacia el puente. Este se encontraba en medio del pueblo y unía el lado católico y el protestante. En clase de Historia habían aprendido que los primeros puentes habían sido de madera y que se habían quemado una y otra vez en las batallas. Cuando llegaron los colonos, construyeron un puente de piedra a prueba de incendios y un castillo indestructible. Majella se detuvo en lo más alto del puente, desde donde se tenía la mejor vista de las ruinas del castillo. Phelim O'Neill lo había echado abajo en uno de sus intentos, gloriosos pero a la larga condenados al fracaso, de expulsar a los colonos. Los invasores se replegaron hacia las tierras de buena calidad situadas al este del puente, mientras que los católicos se quedaron con el castillo en ruinas y con los terrenos pobres y pantanosos del oeste. Aprovecharon las piedras del castillo para construir las casas y las cercas que le dieron su primera forma verdadera de pueblo. Cuando Aghybogey recibió una subvención para restaurar el castillo, los arqueólogos lograron lo que no habían conseguido los diplomáticos estadounidenses ni el dineral en fondos de ayuda para la paz: unir temporalmente a los católicos y a los protestantes en contra del proyecto de «recuperación de la cantería original» de los restos de las cercas que había en los campos de alrededor del castillo derruido. En las tiendas y en las esquinas del pueblo se oía a la gente mayor de los dos bandos protestar y preguntarse qué sería lo siguiente, ¿que los arqueólogos se metieran en sus casas a robarles las piedras de sus paredes?

A Majella no le molestaba la presencia de los arqueólogos. Ese verano tenía los exámenes finales de la secundaria obligatoria, así que tenía mucho tiempo de estudio durante el cual ya no había que ir a clase. Aideen y ella iban al castillo a fumar o a beberse una botella de Coca-Cola entre las dos y hablaban con los arqueólogos. Como era el periodo de exámenes no llevaban puesto el uniforme, así que fingían que estaban en el último año de instituto. Todo lo demás que había en Aghybogey las aburría soberanamente, así que no les importaba escuchar a los arqueólogos contarles unos rollos interminables sobre la zona ni dejarles acaparar los porros que Aideen les robaba de vez en cuando a sus hermanos. Durante esos meses Majella se había quemado la piel una y otra vez con el sol al sentarse junto al río. Había sido el verano más caluroso de su vida, la única vez que se le habían puesto tan morenos los brazos y las piernas que, a su lado, la pálida piel del resto de su cuerpo parecía emitir luz. Recordaba haberse metido debajo del puente cuando hacía mucho calor, cerca del olor a humedad del río y de las piedras resbaladizas. Los arqueólogos les hablaban de las batallas que habían tenido lugar en el puente de piedra en tiempos remotos. Por lo que contaban, a Majella le gustaban esos tiempos, cuando clanes enteros se iban corriendo a participar en las batallas y el agua del río era roja por la sangre. Cuando ella estaba en el instituto, no había nada con lo que ilusionarse aparte de los disturbios por las marchas orangistas justo antes de las vacaciones de verano, y lo único mínimamente emocionante que ocurría era algún que otro atentado con bomba o con disparos. De vez en cuando venía un equipo de algún periódico o cadena de televisión estadounidense y se ponía en el puente en el que ahora estaba Majella, con el castillo derruido detrás, con un pie en el lado protestante y el otro en el católico, un Símbolo Verdaderamente Paradójico de una Población Dividida, pronunciando un monólogo sobre el conflicto armado mientras la gente impedía que chavales como Francie Kingh se metieran en el plano para hacer un gesto obsceno a la cámara. Majella no recordaba la última vez que había visto periodistas en Aghybogey antes de la semana anterior. Ahora eran esos tipos musulmanes los que se llevaban toda la atención de los medios. Aghybogey tenía que conformarse con recibir a los estudiantes de doctorado que venían y se pasaban días intentando conocer la comunidad «posconflicto», intentando desenterrar recuerdos que la mayoría de la gente pensaba que estaban mejor enterrados.